

mo horizonte de la felicidad, etc." (p. 87). La gran mentira de la clase burguesa, que ha llegado ya a erigirse como única, es ese hombre-consumidor-individualista-en-masa.

La segunda gran mentira es la de la "moral". Esa moral que se "entiende como un sistema de 'costumbres' y de 'convenciones' adoptadas por el conllevarse, y en las que, —habiendo ya ellas recalado sectores masivos de la vida—, se ahogan los valores, fracasa la pureza del vivir, se neutraliza el afán heroico" (pp. 93-94). Es esta moral inmoral la que canoniza al hombre cosificado, al hombre ente.

El mito de la técnica, el miedo a la técnica constituye la tercera gran mentira, porque en ella se olvida el peligro del hombre para el hombre. "Ninguna creación técnica es de suyo anti-hombre, sino cuando el hombre lo es" (p. 111). La razón técnica ha construido una sociedad máquina en la que las necesidades técnicas no están al servicio del hombre, sino que lo conforman y condicionan.

La sociedad de consumo ha orientado el dinamismo de la vida humana hacia el horizonte del bien-estar, como satisfacción de unas necesidades que la misma sociedad ha creado. Pero el bienestar se opone —y agresivamente— al bienser. El bienestar "reduce el bien ser humano hacia lo bajo del hombre. Intenta esto en la superficie del vivir, con beligerancia agobiante; lo pretende, en la profundidad de la vida, con drásticas reducciones que crean la angustia" (p. 131). Este ataque del bienestar

al bienser, al robar al hombre la razón de vivir, al reducir el vivir bien al sobrevivir instalado en la comodidad, puede acabar con la sociedad. "Sólo la vida disparada a ideales, luchadora, hacia dentro y hacia fuera de sí, por serse el hombre en la autenticidad que plenifica, sólo la vida desgarrada de la vileza, arrebatada hacia la pureza, arriesgada a ser humanamente el hombre; sólo ella otorga a éste, al hombre, una razón de vivir" (p. 136).

Por último, *La cultura o el hombre-bufón* plantea la hipocresía de una sociedad que ha convertido en bufonería, en valor desrealizado, sin consecuencia en la vida, a la cultura, tolerándola mientras sea "una expresión incomprometida y alestargante" (p. 143). Al bufón se le permite decir todo porque su decir es absolutamente ineficaz. La cultura que corroe la sociedad hecha, es permitida en la medida en que es ineficaz. Lo prohibido es hacer lo que la cultura dice. Se paga al héroe mientras cante, se subvenciona al héroe mientras piense, pero se encarcela al héroe que existe como tal, que realiza realmente la cultura.

JORGE VICENTE ARREGUI

CRUZ CRUZ, Juan, *Hombre e Historia en Vico*, Eunsa, Pamplona, 1982, 388 p.

La filosofía de Giambattista Vico (1668-1744), aún siendo una

BIBLIOGRAFIA

de las más representativas del barroco italiano, ha tenido la desgracia de caer en el olvido durante un largo período de tiempo. Serían los pensadores que iniciaran la reflexión hermenéutica quienes hallaran en sus escritos una savia nueva para la interpretación filosófica capaz de dar cuenta de aquellas realidades humanas que la ya mortecina tradición racionalista persistía en menospreciar. Pero dicha explosión de interés por la temática viquiana ha alumbrado una contrapartida casi inevitable. El precio que ha tenido que pagar por su fecunda capacidad de inspiración es precisamente la imposibilidad de reconocer la genuina filosofía de Vico en la concurrencia de interpretaciones diversas e incluso radicalmente opuestas entre sí. Quizá de pocos autores se han servido tanto, simultáneamente, para apuntalar las propias tesis filosóficas como de la doctrina de Vico, de la que existen interpretaciones existencialistas, marxistas y culturalistas, por citar sólo las más constantes y representativas.

Por esta confusa situación, el libro del profesor Cruz —que desentraña acertadamente lo mejor de la bibliografía sobre Vico— constituye un esfuerzo logrado de aclaración a través del estudio directo de los textos en temas tan intrincados como la poesía, el mito, la retórica, la praxis o la historia. El libro recorre un itinerario que va cuajando en los hitos fundamentales del pensamiento de Vico. Los dos primeros capítulos —de corte metafísico— tienen un

cierto carácter introductorio, ya que el hiperrealismo genético y el constructivismo eidético (temas en ellos tratados) son dos presupuestos claves para entender posteriormente sus consideraciones acerca de las ciencias, la poesía, el mito y la historia.

A partir del capítulo VIII el estudio se centra en los temas sociales y políticos, que son abordados sin perder la perspectiva que marcan las páginas precedentes. Nos adentramos de lleno en unas cuestiones donde se acusan con una gran claridad las peculiaridades que hacen de Vico un pensador fundamentalmente anticartesiano. "Vico expulsa los prejuicios racionalistas de su tiempo y admite la conciencia mítica como un elemento de la existencia. Pero indudablemente no puede hacerlo renunciando a la razón, sino integrando razón e imaginación mítica en la trayectoria del hombre hacia la realidad y la verdad. Excluir la razón en beneficio del mito, rechazar el mito en beneficio de la razón: he ahí dos extremos que evita. Ambas alternativas se presentan como alienaciones, infidelidades a la condición humana. La alienación en el mito implica regreso al primitivismo; la alienación en la razón implica la esterilización y neutralización de los valores, que es la peor inhumanidad (segunda barbarie, al decir de Vico)" (p. 375).

Una de las consecuencias más negativas del método matemático de Descartes, donde la verdad se convierte en certeza y el conocimiento tiene el carácter necesario de la geometría, es la

BIBLIOGRAFIA

pérdida de racionalidad para las cuestiones prácticas. "Descartes estaba convencido de su postura porque pensaba que la referencia primordial del hombre a las cosas es una relación de visión, de intelección. Vico reacciona vigorosamente contra este modo de pensar, subrayando que esa referencia es de acción, es relación práctica" (p. 254). Por esta razón, en cierto sentido el pensamiento de Vico constituye como un intento de rehabilitar la filosofía práctica que tiene su origen principalmente en Aristóteles y que desaparece con el giro racionalista (por cierto que, aunque Vico refute aspectos concretos de la posición aristotélica, afirma la explícita inspiración de su doctrina en las dos *Éticas* del Estagirita). En el ámbito de la filosofía política este antirracionalismo encuentra su correspondencia en el desacuerdo de Vico con Hobbes, Rousseau y Bodino.

Las exigencias retóricas de la praxis proceden del carácter prudencial del saber relativo a la acción. "Hay un saber reflejo por el que la mente accede no propiamente al reino puro y necesario de las estructuras ideales o intemporales, sino al campo contingente de lo móvil y perecedero: tal es el saber prudencial, apoyado en su aspecto teórico por el "sentido común" de los pueblos y en su aspecto experimental por la pericia retórica" (p. 253).

Precisamente para garantizar la racionalidad de la acción humana, Vico reivindica "el arte de la tópica, por cuyo medio

pueden ser hallados los puntos de vista que deciden la orientación de la praxis; tales puntos de vista tienen el carácter de lo verosímil, que es el campo en el que ordinariamente se mueve la vida. Los cartesianos se ocupan solamente de la verdad eterna y única, accesible a la razón; pero en la praxis el hombre está ligado más extensamente al ámbito de lo verosímil. No se puede integrar el bien concreto y contingente en un sistema de conjunto exacto, racional. El trueque de la realidad contingente por un modelo artificial pierde el sentido de la sabiduría como prudencia. En este trueque queda marginado lo verosímil acarreado el inconveniente de abandonar la solución de los conflictos de la vida práctica al juego de valores irracionales, especialmente a la fuerza y a la violencia, por cuya virtud la razón del más fuerte es siempre la mejor" (p. 260).

El hecho de que la Retórica, que en nada se parece a un cálculo lógico, sino que está insertada en un contexto psicosocial, esté encaminada a la persuasión no quiere decir que sea un mero recurso a la experiencia. Se trata de un auténtico discurso racional; aquél cuya función característica es su referencia al plano de los medios que la comunidad debe seguir para lograr la verdad de lo justo. Y es además el procedimiento específico para salvaguardar la racionalidad de los medios y su especificidad.

Ahora bien, todavía nos queda por saber cómo es posible

garantizar el marco teleológico que confiera al discurso retórico un encuadramiento paralelo al que ofrece el fin a los medios o la razón teórica a la razón práctica. Esta es precisamente la tarea del "sentido común", cuerpo de doctrina, flexible y estable a la vez, fundamentalmente cierto, donde el hombre puede obtener la visión del fin último dentro de un saber espontáneo y no reflejo. Como advierte el profesor Cruz, "al principio cartesiano del *cogito*, que funda la certeza en la subjetividad de la mente individual, Vico opone el "sentido común" que es la autoridad de un sentir o de un juzgar común" (p. 278).

El sentido común es prerreflexivo, mas no por ello irracional, pues constituye "el criterio de la sabiduría espontánea del género humano, en el que el pensamiento solitario y reflexivo debe abreviar, porque es el criterio de la mente que espontáneamente se despliega en la vida de las comunidades. Y expresa el sentido de la conexión antepredicativa del hombre social con el mundo entorno, la cual posibilita que el individuo interprete fácilmente su puesto en el universo" (p. 275). Por ello, en el contexto del pensamiento de Vico, la reivindicación del sentido común supone, negativamente, un elemento más que determina el rechazo del subjetivismo cartesiano. "Positivamente constituye la aceptación del valor propio de la tradición, y de la autoridad como vehículos propios de la verdad (...), la convicción de que el pensamien-

to no parte desconectado, de cero, sino del cúmulo de posibilidades reales que la existencia del pasado ha dejado al desaparecer" (p. 275).

La remisión de la razón práctica a lo ya efectuado, la vigencia relativa pero en absoluto desdeñable de la costumbre, corre paralela con la revitalización del lenguaje como lugar donde cristalizan los juicios de valor del sentido común. "El cartesianismo trató de minimizar el papel del lenguaje, considerándolo como un factor que encubre la realidad verdadera, aprehensible mediante una intuición intelectual. El sabio cartesiano se preocupa de partir de las ideas claras que correspondan a naturalezas simples; y huye del lenguaje de la comunidad en la que vive, por considerar que se aparta del carácter necesario que un sistema formal tiene. El sabio de Vico, en cambio, estima que la lengua natural es un depósito de sentido viviente; y su argumentación toma como punto de partida los juicios de valor implicados en la lengua del auditorio" (p. 264).

Dicho interés de Vico por el lenguaje es el mismo que ha presidido la hermenéutica de Gadamer y Apel, entre otros, en la actualidad, y cuya temática, antirracionalista por principio, intenta también evitar la contrapartida de cualquier suerte de arbitrario relativismo. La necesidad de esclarecer la posición de Vico acerca de estas cuestiones fundamentales para comprender el alcance y sentido de su influencia, es un moti-

BIBLIOGRAFIA

vo más para considerar que el libro de Juan Cruz Cruz, bien articulado, repleto de sugerencias y altamente clarificador, es indispensable no sólo en orden al conocimiento de la filosofía viquiana, sino también para adentrarse por los derroteros del pensamiento filosófico contemporáneo.

DANIEL INNERARITY

CUELLAR BASSOLS, Luis, *El hombre y la verdad*, Col. Biblioteca de Filosofía, Ed. Herder, Barcelona, 1981.

Radicalidad en el planteamiento y en la búsqueda de respuesta es la nota que más destaca al leer este estudio. No es una cuestión particularizada, metodológicamente circunscrita, lo aquí abordado, sino el mismo acceso a la verdad tomada en toda su generalidad: su posibilidad, sus supuestos, lo que en su caso se revela. De los logros obtenidos en el inicio queda pendiente el curso posterior de la empresa filosófica. De aquí que el espectro del escepticismo aparezca desde el comienzo, amenazando con paralizar todo esfuerzo. ¿No es posible introducir en todo momento la cuña de la duda, que pone al descubierto supuestos no lo suficientemente asegurados, y ya en primer término la propia creencia en la Verdad absoluta, de la que pende el éxito en la búsqueda de cada verdad particular? ¿No significaría tal creen-

cia una ilusión inevitable de la razón, según entendiera Kant? La única actitud congruente es la abstención de toda afirmación, abonada por la pluralidad irreducible de sistemas filosóficos. Ahora bien, si frente al escepticismo creemos en la Verdad, se hace posible trastocar la anterior visualización y hacer patentes desde esta creencia fundamental las credenciales que a su vez como supuestos no temáticos permiten formular la tesis escéptica. La primera parte del libro la constituye un análisis riguroso del fenómeno de la duda, como aspecto temático del escepticismo. Cada vez percibimos con mayor claridad que la definitiva superación de la situación desalentadora en que nos encontramos sólo podrá ser conseguida si nos enfrentamos directa y abiertamente con ese típico representante de la desconfianza sistemática: el escepticismo" (pág. 11).

La duda tiene como carácter específico el estado inestable de la mente cuando empieza a alumbrar una hipótesis. La actividad de la que surge la duda apunta a un término, a saber, la verdad de una de las alternativas que caen bajo la duda; a su vez, es posibilitada por la creencia en la verdad, de la que es modalización: lo dudoso es lo que no sé todavía si es verdadero; lo que se desconoce no es la existencia de la verdad, sino su fisonomía particular en un ámbito. La duda estrictamente no recae sobre la verdad —en la cual está anclada—, sino sobre un juicio ante-